



MERCADO DE ABASTOS DE LA FELGUERA (ASTURIAS)

DE LO QUE ACONTECIO DE EXTRAORDINARIO EN EL MERCADO DE ABASTOS DE LA FELGUERA

■ NORBERTO LUIS ROMERO

Y me paso la mañana en la compra, de un lado al otro, pidiendo la vez donde la pescadería de Daniel, mientras voy un momento a por lejíja, que había olvidado, y según paso por lo de Quini, pido la vez para las chuletas, eso si me da tiempo, y, claro, si no se me pasa la vez donde Manolito, que tengo que decirle que el pollo que me vendió la semana pasada era flaco y se quedó en nada. No, si ya lo digo yo, que tanta bolsa para que luego quede en una miseria, que ya no puede una comprar como antes, que con dos reales... –Hasta luego, Mary. Qué, ¿qué tal va el tu hombre del reuma?...– me pregunto si vale para algo tanto sacrificio. –A ver, Carmina, a cómo tienes las fabes. Me pones de estas gordas, eh...–. *Que no se yo si merece la pena tanto trabajar... Si ya lo decía yo, que ahora viene ésta y me quita la vez.* –Que no, que voy yo la última. Elisa, fía, me pones dos kilos de patatas.

–¿No quieres llevarte cuatro? Anda, ne, que están de oferta y son especiales.

–Pues no les veo yo nada de especiales.

–Que sí, boba, ¿no ves que son grandes y nuevas? Mira, anda.

–Que no. Que me pongas dos kilos, que con eso me apaño.

Y cuando hubo terminado la compra y después de tomarse un cafecito en el bar de Tere, con Eulalia, la de las pipas, marchó a casa llevando unas cuantas bolsas en cada mano, que apenas si podía con ellas.

Hay que ver lo que pesan las condenadas y luego qué, si con esto no tenemos más que para dos días, si los guajes devoran como limas. Y anda que no tengo que andar hasta casa, cargada como una mula con estas bolsas. Una se pasa el día fregando, guisando, planchando y atendiendo a los guajes y al marido para nada. Si al fin y al cabo no vamos a salir de probes, como digo a mi hombre: tu sales muy tempranito a trabajar, te matas en la obra y ¿para qué? pues para nada, si desde que nos casamos estamos igual, apenas si nos alcanza para darles de comer a los guajes y mandarlos al colegio; menos mal que Laura me salió empollona... Claro que si en lugar de haberme casado con Manolo lo hubiera hecho con el fiu de don Antonio, que bien que me tiraba los tejos, ahora viviría como una reina...

En estos pensamientos estaba sumergida Carmela, pensamientos que la asaltaban a menudo, cada vez que comprobaba que nada había cambiado en su vida desde hacía años y que, por más que se propusiera forzar la realidad, las cosas seguían igual.

Si al menos no hubiera sido tan boba, y en lugar de haberle hecho caso a Manolo le hubiera dedicado una mirada al fiu de don Antonio, sería una señora, y tendría criadas y viviría en Oviedo, en un piso de lujo. Ya me hubiera gustado a mí que me llamaran la señora del abogado, y no Carmela, la de Manolo, esa de la casona del prado...

Mirando hacia un horizonte cargado de promesas incumplidas, de frente a la ventana, sus manos hábilmente cortaban las patatas para la tortilla.

...Si hoy en día lo que hace falta es tener estudios, por qué crees tú que quiero que los guajes vayan al colegio, pues para eso, hombre, para que no me sean unos burrinos y puedan tener un futuro, como Dios manda...

Y en medio de la barahunda de rozongos, arrepentimientos y frustraciones, Carmela dio de pronto con algo duro dentro de una patata que hizo desviar el cuchillo provocándole un corte en un dedo. —¡Anda. Lo que me faltaba era esto!—. Dejando correr un abundante chorro de agua fresca sobre el dedo herido. —Voy a ponerme una tirita...— Y en el momento de decidirlo, percibió entre las patatas cortadas un objeto pequeño, blanco y brillante que emitió un destello, como un guiño que la dejó cautivada. —Pero, bueno, ¿qué es esto?—. Cogió entre los dedos la pequeña bolita y se la acercó a los ojos. —¡Madre!

Cuando llegaron los hijos del colegio, hallaron a su madre sentada a la mesa del comedor, con su mejor vestido de domingo, el de la boda de la prima Mercedes, contando y recontando un montoncito de perlas. Al verlos entrar, y acentuando la sonrisa que se le había dibujado en la cara desde la mañana, les dijo:

—Fios, somos millonarios— y esgrimió ante los ojos atónitos de los niños, un puñado de perlas perfectas y enormes.



–Ma volvióse loca– comentó el más pequeño.

–O una ladrona– acotó por lo bajo Laurita.

Pero fue Manolo quien reaccionó al volver de la obra, diciendo que “ya sabía yo que mi mujer no estaba bien de la cabeza, y que cualquier día me daría un disgusto, que qué es eso de encontrar perlas dentro de las patatas”.

–Que de seguro las habrás comprado en el puesto de Begonia, la mercera, que no ves, boba, que son botones de estos modernos, o cuentas de collar, y que no me sorprende nada que te de por decir estas cosas, si nunca has estado bien de la cabeza, ne; y cómo no me casé con Pura, la de la vaquería, que ahora estaría viviendo como un señor, a la mesa de un despacho firmando talones para los empleados, y no todo el día en el andamio, que el día menos pensado me caigo y te quedas viuda para siempre con tres guajes...

–Que no, Manolo, que te juro que estaban en las patatas, que según las cortaba salían de dentro, saltaban al fregadero, y yo las cogía y las iba haciendo un montoncito...

–Pero, fía, tu no estás bien...

–Que sí, Manolo. Que las compré donde Mary, la del mercado, la del puesto de las verduras, hombre.

Después de pasar la noche en vela toda la familia, y cuando los niños ya cabeceaban en torno a la mesa con los ojos semicerrados, Manolo creyó por fin a su mujer.

–Mira, Carmela, bajamos a Oviedo y llevamos las perlas estas a un joyero, que nos diga lo que valen y si son falsas o buenas.

–Lo que tu digas– dijo ella. Y no volvieron a discutir. Cogieron el Carbonero y bajaron a Oviedo muy puestos, con sus mejores galas, llevando ella en su bolso una bolsita de plástico con el puñado de perlas, metido a su vez en otra bolsita más fuerte, y todo dentro de un monedero con cremallera. –Para que no me las roben, eh–.

El joyero, sorprendido, dijo estar casi seguro de la calidad de las perlas, agregando además, que eran de las más grandes que había visto en su vida.

–¿Y de dónde las han sacado ustedes?– preguntó.

–Me las dejó en herencia mi madre– se apresuró en mentir Carmela, mientras daba un codazo en las costillas a Manolo, a punto de haber soltado la verdad.

–Pues, valen una fortuna– ratificó el joyero.

–¿Como cuánto?– se apresuró a indagar Manolo.

–¡Hombre...!

–¿Millones?– lo interrumpió, con los ojos fuera de las órbitas.

–No, hombre, no es para tanto. Pero unos cuantos miles. Si ustedes quisieran venderlas...

–No, que va...– saltó Carmela, que le había visto el plumero al joyero y la codicia en los ojos. –Que son un recuerdo. Si nada más queríamos saber si eran buenas... como mi madre tenía tantas cosas revueltas, no sé, dije yo a ver si van a ser nada más que de bisutería de esas...– y abandonaron la joyería, arrastrando a Manolo de un brazo.



–Tu no digas nada a nadie, ne. Lo que tienes que hacer es marchar pal puesto de Mary y comprarle unos diez o veinte kilos más de patatas y venirte pa casa sin decir ni pio. Y si te pregunta que cómo es que llevas tantas, le dices que llegaron parientes de América, y que vienen con hambre.

–Pero, es que no las hay en todas, Manolo.

–¿Cómo que no las hay en todas?

–Que sí, que muchas no tienen nada. Si las corté en trocitos muy pequeñitos pequeñitos y no había nada.

–Pues... entonces compras un saco.

–Pero cómo quieres que venga yo cargada con un saco de patatas, ¡hombre! tu no estás bien.

–Llevas los guajes pa que te echen una mano.

Carmela se quedó pensando un momento. Al cabo dijo:

–Se darán cuenta. Va a mosquearse Mary cuando le diga que me ponga un saco de patatas. Y a mí se me nota todo, que no puedo disimular y me hago un lío, Manolo...

–Está bien, ne– dijo Manolo dando un puñetazo en la mesa. –Iré yo, que pa eso soy el que manda.

–Pues sí– corroboró Carmela, y pensó: –eso no te lo crees ni tú–.

Y al cabo de un par de horas regresó Manolo echando los bofes, cargado con el saco de patatas al hombro. Y nada más dejarlo en la cocina, entre todos se pusieron a cortar las patatas a cachos buscando las perlas. Y entre exclamaciones sacaron a la luz unas cuantas, como un puñadito de todo aquel saco.

–Estas patatas no son como las otras– dijo decepcionado, mientras se lavaba las manos en el fregadero.

–Pues ve a por otro saco, Manolo. A lo mejor tenemos más suerte.

–¿Tienes tú dinero, ne?

–¿Yo? Cómo voy a tener dinero si lo gasté todo en la compra y en este saco. Ve tu, hombre, y le pides otro a Mary, y le dices que ya iré yo a pagárselo la semana que viene.

Pero Manolo regresó sin las patatas, pues Mary había vendido el último saco que le quedaba. –Vuelve el jueves, Manolo– le había dicho, –que te guardo un saco–.

–No sé que pasa hoy, que me quedé sin patatas...– la oyó murmurar mientras se alejaba.

–Caray, no somos los únicos que encontramos perlas– pensó Manolo. –Esto no me gusta nada–.

Así que cuando llegó a su casa, contó a su mujer lo que había oído, y ésta, con la mosca detrás de la oreja, de inmediato fue a casa de su vecina.

–¿Cómo que no puedes dejarme un par de patatas, boba, para la tortilla de los guajes?

–Si es que no tengo, ne, que no bajé hoy al mercado.

Pero Carmela sabía que le estaba mintiendo, pues el carro de la compra estaba cerca de la puerta y aún tenía barro fresco en las ruedas.

–Mira, Manolo, esto de las patatas perleras me mosquea, porque Bego me dijo que no le quedaban patatas, que no había bajado





hoy al mercado, y era todo mentira. Además, le brillaban los ojos de una forma que, no sé yo... Me da que ella también encontró perlas, sí.

Esa noche, se vieron luces en las ventanas del vecindario, que permanecieron encendidas hasta altas horas.

Y a la mañana siguiente, muchos amanecieron con rastros de cansancio en la cara y miradas ambiciosas que, con recelo, esquivaban.

Manolo y Carmela habían podido reunir unas cuantas pesetas para ir al mercado por unos kilos más de patatas. El se levantó muy pronto y ya se disponía a salir y bajar a la Felguera cuando un ardor le movió a volver a entrar en la alcoba para verificar la posesión de su tesoro. Destapó el costurero de caracolas que estaba sobre la cómoda y en donde habían guardado las perlas, y al hacerlo, un fuerte olor a podrido inundó el cuarto.

—¿Qué es esa peste, Manolo?— exclamó Carmela despertando sobresaltada. Vio a su marido, pálido como un papel, mirando azorado el interior del costurero. Saltó de la cama y corrió a su lado, arrebató el costurero a su esposo y medió en él las narices...

—¡Pero bueno...! ¿Qué es esta gochada, Manolo?

En el fondo de la caja se amontonaban unas esferas minúsculas, arrugadas y negras, bañadas en un líquido fuertemente pestilente.

Con un hilillo de voz, mirando a su Manolo con ojos de absoluta inocencia, Carmela murmuró:

—No es posible. Se pudrieron las perlas.

—Te dije que no estabas bien, ne— le recriminó Manolo. —Si es que no podían ser perlas, es mucho pa nosotros...

—No digas bobadas, que tu también estabas que te subías por las paredes, haciendo planes, cuando te dijo el joyero ese que eran auténticas. Ahora, estamos igual que siempre. Fregar, planchar, y hacer la compra y...— y se abrazó a su marido dejando rodar una lágrima.

En ese momento entró Laurita frotándose los ojos, confusa ante las voces de sus padres. Tapándose la nariz miró dentro del costurero. Levantó la mirada hacia Carmela y Manolo, con unos ojos llenos de piedad, y abandonó en silencio la habitación. Regresó, al cabo de unos instantes, como una tromba, trayendo entre sus manos un diccionario voluminoso: —¡Ma! Escucha esto:

“...Muy raras veces, estos tubérculos producen una excrecencia interna, formada por calcio y almidones, de aspecto idéntico al de una perla, y que se descompone con suma facilidad al cabo de un determinado tiempo en contacto con el aire...”.

—Así que eran escrementos de esas del calcio y de los tuberculosos... a ver si ahora enfermamos... y nosotros, que ya nos creíamos ricos... y el puñetero joyero que no tenía ni idea...— y abrazada a su marido, lloraba abundantemente.

Al cabo de tres o cuatro días, cuando Carmela había logrado el coraje suficiente para enfrentarse al mundo real, bajó a La Felguera al mercado. Andando entre los puestos como una sonámbula.

...que claro, que si fueran perlas no estaría yo aquí ahora, cargada como una mula...

—¡Que sí, fía, que estoy yo antes que tu!. Que me pongas un kilo de merluza— *...pudiendo vivir como una reina, sin dar ni golpe...*

Al pasar frente al puesto de la verdura, la voz de Mary la devolvió a la triste realidad:

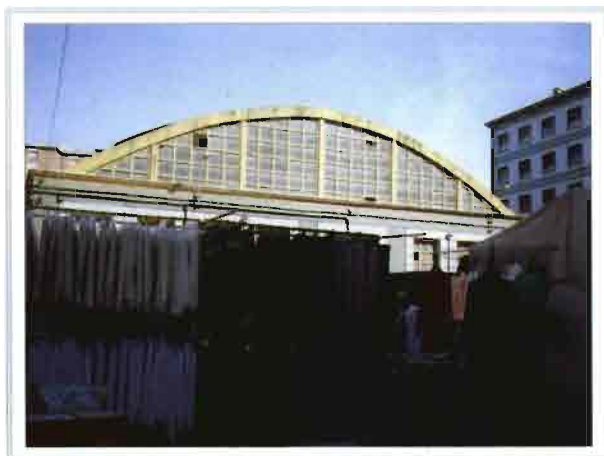
—¿Qué, Carmela, no viene el tu hombre por el saco de patatas que me dejó encargado?

Y Carmela creyó distinguir como un suave campanilleo, un eco de malicia, saliendo de labios de la verdulera. □

NORBERTO LUIS ROMERO

ESCRITOR

(FOTOS: JUAN MANUEL MUÑOZ)



MERCADO DE ABASTOS DE LA FELGUERA

El Mercado de Abastos de La Felguera se construyó a principios de siglo y desde entonces se han llevado a cabo varias remodelaciones. La última, respetando la estructura original del edificio, tuvo lugar en los años ochenta. En la actualidad, aunque la ocupación no es completa, se mantienen más de 100 puestos, incluyendo toda la gama de productos de alimentación.

Los sábados por la mañana se organiza en sus inmediaciones un mercadillo al aire libre en el que se encuentran desde mercancías que venden directamente los agricultores y ganaderos de las comarcas más próximas hasta artículos textiles, de equipamiento doméstico, etcétera.

El Mercado de Abastos está situado en el centro comercial del distrito de La Felguera, que pertenece al Concejo asturiano de Langreo. Desde el siglo pasado todo el municipio ha mantenido una importante actividad siderometalúrgica. El concejo de Langreo, a pesar del éxodo poblacional de las últimas décadas hacia Gijón o Avilés, cuenta con algo más de 50.000 habitantes, y en La Felguera, que es el núcleo de población más importante, viven 22.000 personas.